

## Capítulo primero: Esferas separadas

El hombre debe ser educado para la guerra, y la mujer para la recreación del guerrero: todo lo demás es tontería.

NIETZSCHE

A principios de los años noventa del siglo pasado, el terapeuta norteamericano John Gray publicó, con gran éxito de ventas, un ensayo divulgativo titulado *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*. En su obra, y con un estilo práctico y ameno, Gray pretendía demostrar que la mayoría de conflictos y desavenencias matrimoniales son causados por una mala comunicación en la pareja, fruto de un total desconocimiento y, por ende, desatención a las peculiaridades psicológicas y necesidades emocionales del otro sexo. Uno de los mensajes omnipresentes en el libro es que ellos y ellas son tan sumamente diferentes, que parece que provengan de planetas distintos. El debate sobre si los hombres y las mujeres somos más

iguales que diferentes, o más diferentes que iguales, es tan antiguo como la propia humanidad.

Blanca Castilla de Cortázar afirma que hoy en día, gracias a la genética, sabemos que la diferencia entre hombres y mujeres se calcula en un 3%, pero que esta aparentemente menuda diferencia está presente en todas las células de nuestro cuerpo, por lo que la autora concluye, con acierto, que somos más iguales que diferentes, pero al mismo tiempo somos iguales y diferentes en todo. Los avances en neurociencias han evidenciado que existen diferencias inherentes en el cerebro del hombre y de la mujer, contradiciendo la noción tan ampliamente aceptada de que hombres y mujeres son seres intercambiables, simétricos e idénticos<sup>1</sup>. No existe en el mundo una persona que no sea varón o mujer; la condición sexuada, por lo tanto, está indisolublemente impregnada en la naturaleza de la persona humana. Lo que significa ser hombre o mujer se refleja en la constitución corporal, y la geometría del cuerpo influye en el orden psíquico, afectivo, relacional y espiritual. El orden psíquico del hombre tiende hacia «afuera», hecho que evidencia muchas de las cualidades propias de lo masculino: vencer, dominar, conquistar. En cambio, el cuerpo de la mujer está constituido hacia el

1. LÓPEZ MORATALLA, N. (2011). «Una aproximación científica a la ideología de género: cerebro de mujer, cerebro de varón», en A. APARISI MIRALLES (coord.). *Persona y género* (pp. 323-355). Pamplona: Thomson Reuters.

«interior», orientado a acoger, conservar, proteger, custodiar<sup>2</sup>.

Provengamos o no de universos distintos, lo cierto es que hombres y mujeres estamos hechos para convivir en desigual igualdad en un mismo planeta, y para unirnos para siempre en el compromiso del matrimonio. Que varón y mujer están hechos de y para el amor lo proclaman las geometrías incompletas de sus cuerpos, que anhelan la complementariedad binaria del encuentro con el otro. *El cuerpo, que expresa la feminidad «para» la masculinidad, y viceversa, la masculinidad «para» la feminidad, manifiesta la reciprocidad y la comunión de las personas*<sup>3</sup>. A través del campo magnético de la convivencia de un hombre con una mujer, de una mujer con un hombre, al ser humano descubre su condición personal, maravillándose de la sorpresa de ser igual y diferente a la otra o al otro.

En el matrimonio, hombres y mujeres están llamados a quererse para siempre, a revivir en su relación el paraíso de los primeros esposos que caminaban gozosos por una senda armoniosa de igualdad y diferencia. Aunque todo el mundo está de acuerdo en que la igualdad es un ingrediente indispensable para una convivencia positiva, lo realmente

2. PALET FRITSCHI, M. (2011). «Aproximación psicológica: el sexo, el género y sus derivados», en A. APARISI MIRALLES (coord.) *Persona y género* (pp. 357-377), cit.

3. JUAN PABLO II (2005). *Varón y mujer. Teología del cuerpo (I)*. Madrid: Palabra, p. 104.

difícil es consensuar su aplicación y desarrollo sobre el terreno de la vida real. Con la igualdad pasa con casi todos los grandes conceptos: en el plano teórico reciben una amplia aprobación, pero sus múltiples posibilidades de materialización son diversas y a veces incluso contradictorias. Thomas J. Jefferson, el tercer presidente de los Estados Unidos, fue autor de la primera formulación de los derechos humanos: la Declaración de Independencia. El día 4 de julio de 1776, la Declaración de Independencia fue ratificada por el Congreso Continental en Filadelfia. Cuando Jefferson escribía el célebre preámbulo de la Declaración —«Sostenemos como evidentes por sí mismas dichas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su creador de ciertos derechos inalienables»— era propietario de una vasta plantación de esclavos.

La igualdad es un horizonte imprescindible en una sociedad democrática, pero es un concepto complejo y escurridizo, sujeto a numerosas concreciones y matices. Por eso, el feminismo, el hijo predilecto de la igualdad, ha engendrado un árbol genealógico con variadas ramificaciones.

Aunque lo de Venus y Marte es tan solo una metáfora, lo cierto es que durante muchos siglos las vidas de hombres y mujeres transcurrieron en universos diferentes y separados. Durante el reinado universal de la diferencia biológica, las mujeres nacían para la vida privada y los hombres para la vida pública. Ellas se encargaban de las tareas del hogar y del cuidado y crianza de los hijos;

ellos poblaban la órbita laboral y la proyección social, lideraban las transformaciones culturales y eran los únicos que salían en la fotografía de la historia. Este «reparto de tareas» tan marcado estaba basado en una concepción sobre las aptitudes de las mujeres y los hombres en la que la diferencia biológica constituía un determinismo social absoluto. La biología era la frontera que delimitaba las tareas vitales de las personas. Existía una rígida analogía entre el código genético (la naturaleza) y el código social (roles y comportamientos)<sup>4</sup>. La mujer era vista como un ser inferior al hombre, creada con exclusividad para tener y cuidar a los hijos en el seno del hogar, que era considerado su único entorno propio y natural.

En el reinado de las dos esferas, la única misión del varón era la de transformar el mundo con el vigor de su fortaleza y con la creatividad de su ingenio. Las intransigentes lindes que separaban a hombres y mujeres en ámbitos distintos abrieron una brecha radical entre las actividades productoras y reproductoras, indispensables para la vida humana. Estas estrictas escisiones –dentro y fuera, reproducción y producción, privado y público– se remontan probablemente al principio de los tiempos, a épocas prehistóricas en las que hombres y mujeres tenían que luchar contra un medio hostil para su supervivencia;

4. POLAINO-LORENTE, A. (sept.-dic., 2007). «El desarrollo de la identidad sexual en los varones: líneas de actuación en el tercer milenio». *Revista Española de Pedagogía* año LXV, n.º 238, 397-432.